

AGUSTIN BASAVE FERNANDEZ DEL VALLE, *La sinrazón metafísica del ateísmo*. Prólogo del R. P. Dr. Stanislavs Ladusans S. J., Universidad Regiomontana y Publicaciones Paulinas, México, 1986, 256 pp.

Este libro del conocido filósofo mexicano es como una coronación y como una consecuencia: Una coronación de su pensamiento filosófico porque el tema —el siempre presente problema de Dios y de su posible negación— constituye la culminación de su metafísica y de toda metafísica verdaderamente tal; es también una consecuencia coherente de una ingente obra de pensador y de una ineludible militancia filosófica. Y digo militancia porque esa calificación corresponde a quien concibe la filosofía misma como “propedéutica de salvación”. De ahí que no deba sorprendernos el tema actualísimo de este libro que ha germinado en el IX Coloquio Filosófico Internacional celebrado en San Pablo en 1981, hasta brindarnos ahora este fruto maduro, como lo pone de relieve el P. Stanislavs Ladusans en su Prólogo.

El primer paso (el debate sobre Dios y el ateísmo) ya muestra la doctrina subyacente (que se hará explícita a partir del cap. XVI) sobre la religación del hombre y cómo “el ateísmo destruye dialécticamente —no realmente— la religación (p. 28). Basave muestra la imposibilidad ontológica del ateísmo: “Mi yo es substancia... porque existe en sí, aunque no exista por sí. En alguna forma, el efecto se asemeja a la causa. La causación eficiente y la causación formal me configuran como ente deiforme. La causación final me constituye en un ente teotrópico” (p. 30). Aquí está la tesis esencial que atraviesa toda la obra y permite al autor iluminar una psicogénesis del ateísmo contemporáneo y una tipología del mismo; respecto de lo primero, las causas principales del ateísmo son el escándalo de los cristianos, deficiencias de formación, injusticias, cientificismo, horizontalismo especialmente el marxista y el humanismo existencialista. Respecto de lo segundo, los diversos tipos de ateísmo (cientificista, antropológico, cosmológico) permiten a la reflexión de Basave afirmar que “si el hombre no se agota en el conocimiento científico, el mundo tampoco resulta autosuficiente, nos remite a un ser postulado y no dado que es fundamentalidad última” (p. 68). Con Ortega y con Zubiri (pero con personal libertad) se muestra que “el ser fundamental es el eterno y esencial ausente” (que en cierto modo falta en el mundo); pero, al mismo tiempo, es “el eterno y esencial presente”; de este modo, “la realidad transc científica y teofánica del mundo es advertible por ese ente teotrópico que llamamos hombre, mientras no autodestruyamos, por la libre opción, nuestro constitutivo y radical teotropismo” (p. 69). Lo cierto es que, sobre base materialista, quedan inexplicados el fenómeno del movimiento, el origen de la vida y del pensamiento. Pero quizás lo más interesante para la conciencia filosófica sin prejuicios, sea el intento de Basave de mostrar la irracionalidad del ateísmo (tesis de la cual participo totalmente) y que resulta probada a lo largo de este libro; habida cuenta de las formas del ateísmo (dogmático, agnóstico, crítico y concepciones ateas de Dios), la indiferencia no alcanza a ocultar el miedo a Dios que pronto se convierte en odio a Dios (p. 78); Basave denomina “tensión indicativa” a este vacío de Dios, tensión que es, precisamente, manifestación de la dimensión teotrópica del hombre y que concluye mostrando la insensatez del ateísmo (p. 82).

A partir de estos supuestos, comienza el análisis crítico: Ante todo, el anti-teísmo de Nietzsche como “desfiguración cristiana” la que conlleva cuatro

falsedades: que el hombre sano sea opresor de los demás, la confusión entre caridad cristiana y altruismo comteano, las virtudes como "voluntad de nada", el amor a Dios como evasión del mundo; de ahí que semejante mundo sin Dios "resulte insoportable... y absurdo" (p. 91-2); bajo la lupa crítica de Basave pasan los personajes de Dostoievski; el ateísmo psicologista de Freud que intenta sustituir la metafísica y la teología por la psicología dejando intacto el problema religioso (p. 101); analiza luego la unidimensionalidad del pensamiento de Marx que opta por suprimir a Dios en la supuesta antítesis hombre-Dios (p. 105) y muestra la inconsistencia del positivismo lógico y sus sofismas relativos a las premisas. La errónea concepción de Dios del ateísmo postulatorio de Hartmann, deja paso a una crítica ajustada al ateísmo sartreano y al ateísmo "autodevorante" de Camus quien se encierra en "un desesperado solipsismo inhumano" (p. 132). Muy oportuno me parece el tratamiento del ateísmo "cristiano" de los "teólogos" de la muerte de Dios y de la "desmitologización" de Bultmann, sobre todo porque muestra la endeblez especulativa que un "prestigio" de moda no logra ocultar; si los actos de Dios "no son sucesos históricos" y Dios está totalmente oculto (fuera del Universo), en el fondo, "Bultmann —al igual que Schleiermacher— concuerda con los científicos en que no hay más conocimiento que el de las cosas existentes y que sólo existen las cosas que pueden ser objeto de la investigación científica" (p. 140). El nihilismo radical se le presenta a Basave como "la idolatría de la nada", aunque "no se puede idolatrar la nada sin ser devorado por ella" (p. 145); más allá de esta "huida de Dios", desfilan en el análisis Robinson, Cox, Van Buren, el "ateísmo provisorio" de Borchert y, sobre todo, el ateísmo práctico y agnosticismo de Russell al cual somete a minuciosa refutación que muestra sus numerosas incongruencias internas.

La positividad constructiva de la metafísica cristiana se pone en evidencia en el resto de la obra y, sobre todo, en el tratamiento del problema de la existencia de Dios; Basave comienza por demostrar que "entre los acontecimientos que presenciemos se da una consecuencialidad y no simplemente una sucesión"; es decir, consecuencialidad de causa-efecto y, a la vez, revaloriza el principio de razón suficiente el cual "reivindica no sólo una validez universal que se extiende a toda la realidad, sino una validez fundada sobre una necesidad interna de orden metafísico" (p. 187, 180). A esto debe agregarse la revalorización del principio de finalidad (que en Basave tiene especial importancia para su propia prueba de la existencia de Dios); esto le conduce, ante todo, a explicitar lo que denomina "teotropismo humano" (el hombre como buscador de Dios) lo que supone un "conocimiento prefilosófico de Dios" (p. 183) de modo que las pruebas constituyen "un desarrollo científico de la intuición primera, prefilosófica del acto de ser" (p. 184). Manteniendo, pues, las cinco vías tomitas y, luego de una breve exposición de los argumentos propuestos por Sciacca y Maritain, Basave ofrece el suyo que podríamos denominar la vía por la plenitud subsistencial. He lo aquí: "Mi afán de plenitud subsistencial, que se me presenta coexistiendo orgánica y dialécticamente con mi desamparo ontológico, con mi insuficiencia radical, en forma parecida al contrapunto musical, implica la Plenitud Subsistente e infinita de donde proviene, precisamente, mi concreto afán de plenitud que se da en el tiempo. Si existe nuestro afán de plenitud subsistencial —y esto es un hecho evidente— existió siempre una Plenitud Subsistencial, porque si no hubiera existido, no se darían todos nuestros concretos afanes de vida y de más vida"; por consiguiente: "Mi argumento de afán de plenitud subsistencial se funda en la finalidad. Si Dios no existiera, el afán de plenitud subsistencial —y la misma idea de plenitud— sería un efecto sin causa. Pero

un efecto sin causa resulta absurdo. La causa final es la causa de las causas. Lo que exige el argumento no es sólo una plenitud ideal, sino una Plenitud Subsistencial" (p. 188; cf. también, p. 47 y 201).

Los tres últimos capítulos apuntan a tres grandes temas: El misterio de Dios, el hombre como ente teotrópico y deiforme y la irracionalidad del ateísmo frente a los datos de la ciencia: Respecto de lo primero, aunque la pregunta ¿quién es y cómo es Dios? carece de sentido *quoad nos* (p. 198), es el que Es (Ex. 3, 13-14) en el orden especulativo; pero, en el orden existencial es amor (p. 200); la metafísica de Dios, por eso, se articula, para Besave, en "la conciencia ontológica de nuestro ser teotrópico y de nuestro ser deiforme" (p. 202) que conduce derechamente al ámbito del Dios vivo. De ahí la necesidad de ahondar en la naturaleza de este "animal deiforme y ente teotrópico" que es el hombre (el hombre es *homo religiosus*) y en la última perfección del hombre consistente en su participación en el Ser infinito (p. 213-4). Al cabo de este esfuerzo, vuélvese a ver con más claridad la impotencia del ateísmo frente a los datos de la ciencia que no puede dudar del hecho del movimiento físico, que no puede negar la diferencia cualitativa entre la mera materia orgánica y la vida y, por fin, que no puede solucionar (si se encierra en el ámbito de la materia) el problema del origen y causa del pensamiento (pp. 219-221): "las leyes cósmicas no pueden existir sin un Legislador cósmico. Ante el Supremo Hacedor surge un irresistible sentimiento de gratitud y de adoración" (p. 228).

Tal es la obra y tal el pensamiento que he presentado como una coronación y como una consecuencia. Es gratificante que, en medio de la decadencia general de Occidente, surjan en Hispanoamérica con renovado vigor los antiguos y nuevos (ahora sobre todo *nuevos*) retoños de la Metafísica del Ser. La obra del filósofo mexicano es, en ese sentido, ejemplar. En ese surco de la Metafísica del Ser debemos seguir, como el labrador que ara sin volver la cabeza.

ALBERTO CATURELLI